

EL JESÚS DE LOS "OTROS". CRISTO VISTO POR LOS NO CRISTIANOS

El Jesús de Nazaret de Benedicto XVI ha sido como un punto culminante, pero, desde hace ya de tiempo el interés por la figura de Cristo está creciendo como lo atestiguan publicaciones, debates, e intervenciones de toda clase y calidad que han llenado librerías, televisiones y hasta conversaciones comunes. En este artículo se pretende —obviamente de un modo muy simplificado y sólo emblemático— delinear el perfil del “Jesús de los otros”, esto es, de los no cristianos.

Il Gesù degli “altri”. Cristo visto dai non cristiani, Vita e Pensiero 90 (2007) 70-74.

Adhesiones y rechazos

Desde hace más de veinte siglos el confrontarse con la figura de Jesús provoca y apasiona también a los no cristianos: como intelectuales y como hombres, se sienten subyugados por el atractivo de una vida y un mensaje que es imposible no tener en cuenta.

Como decía el ya olvidado Alfredo Oriani, escritor laico del siglo XIX, “creyentes o incrédulos, nadie puede sustraerse al encanto de aquella figura, ningún dolor ha renunciado de verdad al atractivo de su promesa”.

Respecto a esto, es significativo el testimonio de uno que hizo todo lo posible para evitarlo, el poeta ruso Aleksandr Blok. En plena revolución soviética, en 1918, componía el poema *Los Doce* y confesaba: «Cuando lo terminé, yo

mismo me maravillé: ¿Por qué Cristo? ¿Justamente Cristo? Pero a medida que mi examen era más atento, más claramente veía a Cristo. Entonces anoté en mi diario: “¡Lamentablemente Cristo! ¡Qué pena, justamente Cristo!”»

Bien dijo Nietzsche en su *Anticristo* que Jesús había sido “el único cristiano de la historia, pero que acabó en la cruz”, con la convicción de que había muerto demasiado pronto: “Si hubiese llegado a mi edad, se habría retractado él mismo de su doctrina” (*Así habló Zaratustra*). En realidad, -y hay veinte siglos de historia para confirmarlo- tenía más razón el menos famoso autor griego de la *Última Tentación de Cristo*, Nikos Kazantzakis, cuando, siguiendo el evangelio de Juan, imaginaba así aquel final, que tuvo lugar en una colina rocosa de Jerusalén, llamada en arameo Gólgota (es decir